

ALGUNOS CARACTERES ESTRUCTURALES DE LA ENCARNACIÓN

Jorge Saurí

Los filósofos de la existencia han prestado preferente atención a que la existencia humana se haga presente en un cuerpo, centrandose en este hecho, gran parte de sus investigaciones. El ser encarnado al cual se refiere Marcel, el cuerpo-para-si y el cuerpo-para-el-otro que tanta importancia tienen en la ontología de Sartre, las afirmaciones de Merleau-Ponty acerca del cuerpo-propio, marcan las etapas de un conocimiento cada vez mas preciso, acerca de ese misterio que es la encarnación (1).

El hombre es un ser-en-la-realidad, entendiendo por tal, todo aquello genéricamente designado como condición humana; en este sentido, la realidad abarca tanto lo interno como lo externo, tanto la persona como el mundo con el cual se conjuga y expresa, en orden a lo vivido, esa totalidad ontológica que es el ser-en-el-mundo. Ahora bien, el modo como el hombre es-en-la-realidad es corpóreo, siendo igualmente válido asegurar que el cuerpo es la existencia humana en tanto se da en un mundo al cual conforma y que la conforma. Mas ser cuerpo no es un hecho definitivamente cluso, algo dado una vez por todas: ser cuerpo es ir haciéndose en la realidad y este proceso, este ir haciéndose es la encarnación. Encarnarse es, pues, asumir paulatinamente la condición humana, no como conquista sino desarrollándose históricamente en un compromiso cada vez mayor.

Este proceso va dirigido hacia el futuro y, ópticamente, se expresa como una tensión-hacia cuyas manifestaciones estudia la psicología bajo el nombre de tendencias.

Así planteado el problema, mejor aun, el misterio de la encarnación, se presenta una pregunta previa acerca de su estructura: ¿cuáles son los elementos de la encarnación? Veámoslo sucesivamente, sin perder de vista que se trata de un fenómeno global y, por lo tanto, artificialmente dividido con fines expositivos.

El hombre, dije, aparece-en-la-realidad como un cuerpo. Pero, ¿que es este aparecer? Aparecer es hacerse presente manifestando su existencia de algún modo no de uno cualquiera sino referido a un determinado orden. Quien aparece, al mismo tiempo que se presenta, afirma un origen, un comienzo y una introducción. Aparecer es, también, principiar y, en este sentido, el cuerpo es, a no dudarlo, presencia y principio en tanto capacidad de germinación de una vida. La existencia se hace, pues, visible, se deja ver y sentir, se muestra palpablemente como un cuerpo, inicio, a su vez, de una serie de posibilidades vitales.

Pero aparecer implica, en ambos sentidos, algo que aparece y alguien ante quien se aparece y que puede juzgar de esta aparición. El aparecer tiene, por lo tanto, una referencia al otro quien suscita la aparición en el sujeto de una imagen cierta de si

mismo. La indiferencia, ese modo afectivo de ignorar la presencia ajena, se dirige contra esta apariencia y la destruye, pues niega ese segundo miembro fundamental. ¿Qué sucede si el otro recibe mi aparición y resuena con ella? Se produce un fenómeno de vaivén; al presentarme ante el otro, éste se apodera de mi presencia que pasa del orden de un ser indeterminado al del tener, pues soy su posesión. Si esto queda aquí, si el otro no me refleja, aparece la ya nombrada indiferencia, quedo sometido a él y, ora sujeto, ora objeto, no soy certificado en mi aparición. Este movimiento dialéctico, cuya síntesis es la aparición, surge, pues, de la oposición entre sujeto y objeto. La encarnación pertenece pues tanto al orden del ser como al del tener, ya que tanto "soy cuerpo" como "tengo cuerpo". Esto supone un doble modo de vivirlo ya que, simultáneamente, me identifico con él ("soy cuerpo") y me distingo ("tengo un cuerpo") Esta afirmación y esta negación, tesis y antítesis, no se refieren al hecho corpóreo --éste es un supuesto común para ambos—, sino a mi posibilidad de adherirme o separarme de él. La encarnación es la síntesis de ambas posibilidades; el hombre es cuerpo pero no queda confinado en el, puede trascenderlo, sin negarlo ni negar su influencia siempre presente, ampliando su mundo, ya que, en el mismo proceso de la encarnación, se engendra la libertad. El cuerpo es, entonces, garantía y dato primario de la libertad, y alrededor de el, fenómeno pivote, se organiza el sentido de la existencia. Encarnarse es poder proyectar. Estas dos notas de identificación y diferenciación con el cuerpo, al introducir la posibilidad de distanciarse del mundo circundante diferencian radicalmente el hombre del animal, cuyo mundo adhiere a el sin brindarle la posibilidad de una perspectiva.

Al aparecer, el cuerpo me pone entre las cosas del mundo; mas este ponerme, no es un mero depositarme como sucede con un cajón puesto entre otros. La encarnación, decía más arriba, implica siempre una referencia al otro y su participación: al ponerme en el mundo, el cuerpo lo hace al modo del intercambio. Yo soy centro de acción y de recepción y, en mi cuerpo, se anudan las relaciones que me unen a los demás. Los otros objetos del mundo —me refiero ahora a las cosas—, son también centros de acción pero se quedan allí; no pueden intercambiarse y la piedra, en la cual el escultor talla una figura, no hace sino recibirle suscitando, quizá algunas formas de acuerdo a su textura, pero dejando la iniciativa al artista.

La encarnación es, pues, un modo originario y básico, de situarme y tener un mundo; cuento con mi cuerpo y descuento su cooperación. Imaginemos una competencia deportiva donde el intervenga predominantemente: un partido de fútbol, por ejemplo. El jugador que sabe su cometido, amaga hacer una jugada: su pierna apunta en una dirección y el resto del cuerpo lo acompaña; pero, al patear, lo hace hacia el lado no amenazado por la intervención de su contrincante. Evidentemente no medió, en la ejecución de la maniobra, ningún discurrir intelectual; el jugador por su adiestramiento ya

sabía "en su cuerpo" como actuar, como lo "sabe" el cuerpo del arquero cuando debe arrojarse al suelo para atajar la pelota. El hecho que un adiestramiento previo haya facilitado la actuación, perfeccionándola, no hace al caso: el jugador conoce corpóreamente la situación y se ajusta a ella del mismo modo. La encarnación no es, pues, interpretable; ella misma es interpretación y conocimiento de la realidad de la cual da una intelección concreta.

Los trabajos de K. Goldstein, al distinguir el comportamiento concreto del comportamiento abstracto, contribuyen a aclarar este punto. En el primero, el que aquí importa, el lenguaje no desempeña prácticamente ninguna función; el mismo cuerpo comprende la realidad y la expresa inmediatamente. Esta distinción es importante en psiquiatría donde ciertos trastornos perturban tanto la encarnación que el cuerpo pierde la posibilidad de interpretar la situación. Los trastornos esfinterianos de las catatonías y demencias parecen entrar en este grupo.

La encarnación da, pues, un conocimiento concreto prerreflexivo de la realidad y las actividades a realizar para incorporarse satisfactoriamente a ella como los actos automáticos y reflejos. Este tipo de conocimiento de la situación es posible porque cuento con mi cuerpo quien ordena y jerarquiza funciones vitales necesarias y básicas. Esto implica un acuerdo entre cuerpo y mundo, una adecuada conformidad entre ambos, de modo que la situación sea congruente. La congruencia es, por lo tanto, una relación entre hombre y realidad que remite a una ordenación de diferentes elementos y donde su mutuo acuerdo insta una armonía en función de la cual se conforman unos con otros. De ninguna manera supone una identificación; la congruencia es una connotación de la encarnación y dice de un modo de ubicarse; es, por lo tanto, un dato de la espacialidad y supone una activa incorporación a la realidad. En una situación congruente es posible la orientación, saber del arriba y del abajo, conocer las polaridades espaciales y hacer concordar las actividades de modo que no choquen entre sí. La encarnación es, así, un eje referencial en cuyo derredor se ordena el mundo, un trayecto vital., una cristalización de la existencia de cuya orientación dependerá la organización de la realidad, pues a partir de esta referencia topográfica —el eje es una coordenada espacial—, se sitúan los demás objetos intramundanos. El espacio corpóreo, como dice Merleau Ponty, garantiza la salud mental, y, de su alteración, nacen, entre otros trastornos, las alucinaciones donde se "desintegra la realidad ante nuestros ojos sustituyéndola por una cuasi-realidad y de las dos maneras, el fenómeno alucinatorio nos retrotrae a los fundamentos prelógicos de nuestro conocimiento" (2) . En estos casos y más claramente, quizá en las apraxias y agnosias, "ya no soy mi cuerpo", ni tampoco "lo tengo" porque "no cuento" con él que se me aparece totalmente divorciado de la realidad. "En una situación ordenada, escribe K. Goldstein, las operaciones nos aparecen constantes tanto al representante de una

especie como al individuo particular y a las circunstancias en la cual se encuentra. El hombre vive estas reacciones con un sentimiento de actividad, de comodidad, de bienestar, de distensión, de adaptación al mundo, de placer. Por el contrario, las reacciones catastróficas aparecen no sólo 'Incorrectas' sino también desordenadas, inconstantes, contradictorias, mezcladas a las manifestaciones de un sacudimiento físico y psíquico. En estas situaciones, el enfermo se siente trabado, tironeado por uno y otro lado, vacilante; tiene la experiencia íntima de un sacudimiento del mundo que lo rodea y de su persona" (3).

La encarnación asegura, pues, el campo psíquico —sería interesante correlacionar aquí los estudios de K. Lewin y de H. Eysenck quienes se refieren a un campo de consciencia, propósito que no puedo sino enunciar—, en el cual se desarrollara, la vida; también ciertos aspectos del dormir y del sumo, proceso durante el cual lo imaginario se sustituye a lo real concreto, están relacionados a esta connotación de la encarnación.

Pero una realidad ordenada en función de mi cuerpo, no es meramente algo jerarquizado afectivamente sino también familiar. ¿Que significa esto? ¿Qué es sentirse familiar respecto a la realidad?

La familiaridad es estar en un trato abierto con lo otro, permitirle conocer mis más íntimas preocupaciones, utilizarlo sin precaverse de sus reacciones y resistencia con franqueza y amplitud; pero, además, sentirse protegido y querido, albergado y amparado, lo cual permite una relación sin tapujos ni reservas. En lo familiar, hay entre cuerpo y realidad una atmósfera significativa como: lo querencioso. Ello implica estar abierto a la realidad por lo cual el cuerpo puede ir-con-lo-otro, caminar, por así decir, junto con el mundo en un mismo sendero y con una misma finalidad anudando un sentido común. Más si algo se interpone, si ya no puedo intercambiar me en el tono de la familiaridad, la realidad se me hace extraña y me vivo como desalojado de ella. No me puedo encarnar normalmente pues he sido desalojado de mi querencia. Mas la querencia es, además del lugar de la protección y cariño, el sitio que ocupo en el mundo, aquello que, en escala más dilatada, constituye el pago. Sentirse extraño es estar fuera del pago; la nostalgia que constituye su nota afectiva se presenta, entonces, como una desubicación de la encarnación en una dimensión social. No sólo me encarno como individuo sino también como ser social. El hondo y desgarrante drama del *Heimatlos*, de los desplazados de guerra, de los refugiados políticos radica allí, en ese extrañamiento social producido por el cambio. El *Unheimlich* le acompaña constantemente.

Siempre me pareció falso el nombre que nos han dado:
emigrantes.

Pero emigración significa éxodo. Y nosotros
no hemos salido voluntariamente
eligiendo otro país. No inmigramos a otro país
para en el establecernos, mejor si es para siempre.
Nosotros hemos huido. Expulsados somos, desterrados.
Y no es hogar, es exilio el país que nos acoge (4).

El encarnarse tiene una importantísima connotación social merced a la cual nos ubicamos entre los otros seres humanos. El poder castigador del ostracismo, de tan grande importancia en las sociedades muy entrelazadas, reside en esto. Brecht lo dice claramente: el exilio no acoge ni protege; a lo máximo, permite una ubicación "entre la cola de los vendedores".

La encarnación es, pues, un existenciario básico, dialécticamente estructurado, mediante el cual el hombre se personifica asumiendo su situación. Sus varios modos de presentarse, que no puedo sino —el hombre es ser sexuado, se incorpora activamente a la realidad y se expresa mediante determinadas funciones—, se estructuran en forma similar y, de su conocimiento, depende el que tengamos de sus alteraciones.

Notas

1. Encarnación designa un proceso; cuerpo una concreción presente. Una fórmula bergsoniana, aunque modificada, puede servir para la distinción: el cuerpo es un corte instantáneo en el proceso de encarnación.
2. M. MERLEAU PONTY, *Phenomenology de la perception*, p. 385. Gallimard, Paris, 1945.
3. K. GOLDSTEIN, *La structure de l'organisme*, p. 33, Gallimard, Paris, 1951.
4. B. BRECHT, *Poemas y canciones*, p. 460, Horizonte, Madrid, 1965.